

EL MERIDIANO

Alejandro E. Orús

Ejercicios de contención

La víscera está siempre presente. Su exhibición es a menudo inconveniente y en estos tiempos resulta incluso obscena. En momentos excepcionales como este la conciencia cívica puede exigir sacrificados ejercicios de contención. En esa clave se encuentra el confinamiento que después del tiempo transcurrido podemos decir, con propiedad, que padecemos. El cuerpo nos pide salir a estirar las piernas, insuflar los pulmones del aire primaveral y no son pocos los que se las arreglan para hacerlo con todo tipo de picarescas. Es el combate clásico del deseo frente al deber.

No siempre la norma, eso es cierto, va acompañada del sentido común. Rajoy solía apelar a él antes de que fuera pillado en pleno garbeo. A efectos puramente epidemiológicos no parece que los periodistas apostados a su puerta, tal vez durante días, para conseguir semejante exclusividad entrañen menos riesgo que el expresidente. Pero es la responsabilidad, sobre todo en quien ha sido jefe de un Gobierno, la que ha de salvar la a veces discutible distancia entre norma y sentido común.

Esto, que es sencillo de determinar respecto a un paseo matutino, es aplicable a otros comportamientos de altos cargos en los que pesa mucho lo que pide el cuerpo. Los alardes republicanos del vicepresidente del Gobierno en plena crisis mientras se reclama consenso y patriotismo e incluso las injustas acusaciones de todo un ministro del Interior, juez que fue de la Audiencia Nacional, contra un hombre detenido por la muerte de su esposa y puesto en libertad revelan actitudes viscerales y poco responsables, sujetas a consignas que explicarían incluso retrasos y malas decisiones del Ejecutivo ante la epidemia. Esas mismas cuya crítica debemos eludir según algunos opinadores que con gobiernos de otro signo estarían con toda seguridad tratando la actualidad a dentelladas.

No es sencillo este ejercicio de contención que conlleva el encierro. Abucheos a los autistas que salen a la calle, personas ocultas en maletas para llegar a la playa, pintadas de vecinos contra el personal sanitario que vive cerca... La víscera se mantiene en todo su vigor. La contención flaquea por momentos pero la gran mayoría, hay que reconocerlo, la ejercita en casa y sin videoentrenadores que valgan.

EL MIRADOR | Guillermo Fatás

Pedro el Reconstructor y la nueva normalidad

Sánchez ha lanzado un lema, que busca un clima psicológico propicio: hay que 'reconstruir el país social y económicamente'. Como si España estuviera destruida

Memoria de quince días. El sábado, 4 de abril, Pedro Sánchez, durante más de una hora, lee un discurso con más de 9.000 palabras (en este artículo hay unas 900). Lo veo empeñado en 'reconstruir' España. No en reforzar, reactivar, renovar, remozar. No: en reconstruirla. «Reconstruir nuestra economía y el tejido social y empresarial», «Reconstruir la economía», «Reconstruir la economía y el sistema productivo», Anoto que Sánchez el Doctor –que jura en público no pactar jamás con quien es ya su socio secreto–, devenido Sánchez el Presidente, ha sufrido otra mutación, cual virus, y es Pedro el Reconstructor. Nueve veces, nueve, machaca con la 'reconstrucción'. La rubrica con un festón, tan vacuo y errado como tantas cosas que se le van viendo (lo cuelga luego en su tuitera del PSOE): «Es un honor ser el presidente de este gran país». España no tiene presidente, Pedro. Lo que tú presides es el Gobierno.

Quedo alerta. Domingo de Pascua Florida, 12 de abril. La Moncloa, a las 17.20 h. El galán se ha moderado y solo perora 17 minutos. Lee en la pantalla invisible, envarado, con tropezones casi en cada frase. El eslogan del día 4 resurge con insistencia burda. «Reconstrucción social y económica» del país. Lo dispara en los minutos 9.34, 12.10, 12.29 y 13.03. Tres minutos y medio, cuatro veces: una 'reconstrucción' cada 45,75 segundos. Incurrir en tal reiteración tiene intención. Y aún le queda un disparo final, a punto de concluir la perorata, en el minuto 17.12. Es el recordatorio que se aconseja al inexperto: decir al final lo que más le importe que el auditorio haya de retener, el mensaje que deba permanecer en su mente. Total: desde la primera mención, una 'reconstrucción' cada minuto y cuarto.

La expresión, ipso facto, se generaliza entre sus ministros, todos ya



BALLESTEROS/EFE

El tejido social, político y económico y las instituciones de España no han sido arrasados, dice con razón Encarna Samitier, frente a los asertos de Pedro Sánchez

con vocación reconstructora. Convenzamos al pueblo de que España debe ser reconstruida. «Estamos inmersos en una guerra total» dice. «Ganaremos la guerra» que «tritura el tejido económico y social de nuestro país». Se recrea en la suerte: «En los campos de batalla». Y clama: «Devastación». Ganas entran de ofrendarse al líder.

Se adivina la jugada

El miércoles 15 me alivia leer a Encarna Samitier, en HERALDO y en 20 Minutos. Sánchez –dice– «habla de posguerra y reconstrucción, como si tuviéramos un país destruido por un ejército enemigo. España sufre una crisis sanitaria terrible y su economía va a quedar fuertemente dañada. Pero su tejido social, político y económico y sus instituciones no han sido bombardeados y arrasados. (...) Hay una base sólida, no una escombrera, sobre la que trabajar con unidad, responsabilidad y acier-

to. Y ello exige la máxima competencia». Diana.

Ayer, sábado, nueva comparecencia de veintidós minutos. Concluyó a las 20.39 h y, en los últimos siete aparecieron ocho 'reconstrucciones' más. Es un claro exceso, porque España necesita reformas importantes y, algunas de ellas, profundas. Pero reconstruir España es otra cosa. Alguien debió advertir al Reconstructor que estaba levantando oleadas de suspicacia y, por primera vez desde que lanzó la idea, aclaró que se limitaría a cuatro ámbitos. Era una marcha atrás para seducir: dejar fuera los «asuntos sujetos a controversia».

La receta de esta campaña tan ruda acaso sea del 'cordon bleu' Redondo; pero la idea en sí expuesta por el Reconstructor merece ser de su insidioso socio. El llamamiento es caudillista, propio de cualquiera de los dos y, por ende, también de ambos juntos. ¿Cómo fiarse?

Se reconstruye lo que está destruido. La pregunta del millón se contesta sola: ¿cómo hay que reconstruir España? Volviéndola a construir. España está, destruida y el Gobierno la va a reconstruir. De abajo arriba. El anuncio lo miran los separatistas en sardónico silencio, a ver cuál es la próxima 'asimetría' que les

cae. Y la oposición no acierta, porque Arrimadas no parece haber evaluado la jugada y el PP, que no carece de megafonía, está falto de pilotos y oficiales de navegación.

El truco republicano

Iglesias evoca estos días los valores republicanos. Están todos, sin dejar uno, contemplados en la Constitución Española de 1978. En la famosa síntesis francesa creada en 1790, eran la libertad de la persona, la igualdad de los ciudadanos ante la ley y la fraternidad, –hoy llamada solidaridad– encarnada en el Estado social y democrático de derecho.

Aspirar a un país donde jamás se vea «a un jefe de estado con uniforme militar, porque es un representante del pueblo» es embarullar las cosas de intento. En España, como en otros países serios, al pueblo lo representa el Parlamento; y el jefe del Estado, coronado o no, representa al Estado, que no es lo mismo. Por lo demás, alguien tan característicamente republicano como el general (de brigada) De Gaulle ordenó a Jean-Marie Marcel hacerle su más galana foto como jefe del Estado Francés vestido de militar: en frac de gala, con estrellas en las hombreras y una castrense lista de oro en el pantalón. El primer ministro Churchill, paradigma de políticos al servicio de una democracia coronada, vistió a menudo su atuendo del 4º de Húsares de la Reina y el de comodoro del Aire, orgulloso de haber sido piloto militar.

Nadie se confunda. Sánchez e Iglesias han prometido acatamiento a la Constitución y lealtad al rey, pero mantendrán estos compromisos a su modo; esto es, hasta que puedan eludirlos sin riesgo de descarrilar.

Ha comenzado, imperceptiblemente, lo que Sánchez el Oráculo llama ya «la nueva normalidad». Será dirigida a cuatro manos. Si es que antes un socio no engaña al otro a sus espaldas. Podría ser memorable.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

En el tren de Carmen

Me gustaría decir que fui amigo de Luis Sepúlveda. Sería exagerado, pero siento, como ha escrito Ramón Pernas, que se nos ha muerto a todos el autor de 'Un viejo que leía novelas de amor'. Era un soñador y un memorioso que narraba de maravilla, y suspendía el tiempo y te encaminaba hacia las regiones de la imaginación y del

puro placer. Como sucede a veces, con escritores próximos a él, querías saber más de un hombre así, ese nómada que podía recordar a Jack London, capaz de todo: de luchar con el Frente Sandinista con un arma al hombro; de recorrer la Patagonia interminable, con sus gauchos a caballo y sus distancias infinitas, en compañía de Daniel Mordzinski; de vivir uno y cien éxodos a orillas del Amazonas, en Alemania o en aquel París legendario donde aún maullaban los gatos de Cortázar. Luis Sepúlveda tenía algo de gaucho errante, de aventurero a la manera de Francisco Coloane o de payador de las pulperías de Borges. Podía reunir en torno a él a la gente y cautivarla con un

relato tras otro: su nacimiento en un hotel, la historia de su madre mapuche, hostigada por su progenitor, el fervor por Allende, que lo consideró uno de sus entrañables amigos, la multitud de historias de personajes y pájaros que le dio la selva. La vida contiene muchas vidas: es la enciclopedia más inextricable de la literatura. Luis Sepúlveda vivía para contar y escribía para alargar el gran sueño de la ficción y, a la vez, abrazar las paradojas del mundo: lo miserable, como Pinochet, y lo sublime, eso que a veces hallaba en un gato o en una gaviota. Recuerdo un viaje de Barcelona a Zaragoza en tren. Allí estaba Luis. Nos fuimos al bar y hablamos durante casi dos horas. En realidad,

creo que fue una de esas veladas improvisadas donde la escritura se hace palabra, risas, evocación.

No sabía mucho de su vida sentimental. Me dijo que se había instalado en Asturias y que los surcos del azar y de la existencia le habían regalado su mejor novela de amor: el reencuentro con la poeta Carmen Yáñez. Se habían casado por lo civil en los años 70, habían militado y habían tenido un hijo. Se separaron, vivieron otras pasiones y un día, en una fiesta de divorciados, se reencontraron y prendió la llama de nuevo. Ahí seguían, con la ilusión de una adoración aplazada que vuelve. Fue ella quien le cerró los ojos en su última batalla contra el virus de la muerte.